

**Editorial Gedisa**  
le ofrece otros títulos de esta colección

**Alternativas a la globalización económica**  
*Un mundo mejor es posible*  
Foro Internacional sobre Globalización

**Cápsulas**  
Mario Bunge

**¿Por qué la gente odia Estados Unidos?**  
Ziauddin Sardar y Meryll Wyn Davies

**La nueva judeofobia**  
Pierre-André Taguieff

**Por una causa común**  
*Ética para la diversidad*  
Norbert Bilbeny

**Cuando la realidad rompe a hablar**  
*Conjeturas y cavilaciones de un filósofo*  
Manuel Cruz

# **DOMINACIÓN ÉTNICA Y RACISMO DISCURSIVO EN ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA**

**Teun A. van Dijk**

**gedisa**  
editorial

© 2003 Teun A. van Dijk

Traducción: Montse Basté

Diseño de cubierta: Edgardo Carosia

Primera edición: septiembre del 2003, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.  
Paseo Bonanova, 9 1º-1ª  
08022 Barcelona, España  
Tel. 93 253 09 04  
Fax 93 253 09 05  
Correo electrónico: [gedisa@gedisa.com](mailto:gedisa@gedisa.com)  
<http://www.gedisa.com>

ISBN: 84-7432-997-3  
Depósito legal: B. 37839-2003

Impreso por: Carvigraf  
Cot, 31 - Ripollet

Impreso en España  
*Printed in Spain*

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

## Índice

Agradecimientos .....	9
Prólogo .....	13

### 1. Racismo y discurso de élite en España

Introducción .....	19
Contextos históricos .....	21
Inmigración y racismo contemporáneos en España .....	24
Política .....	31
Los medios de comunicación .....	50
Racismo en el trabajo .....	67
Otras formas de racismo de élite .....	79
Conclusión .....	91

### 2. Racismo y discurso de élite en Latinoamérica

Introducción .....	99
Discurso de élite y racismo en Latinoamérica .....	108

Racismo discursivo .....	113
Discurso político .....	117
Discurso parlamentario mexicano	
sobre pueblos indígenas .....	119
Discurso político y mediático en Argentina .....	132
Discurso mediático en Chile .....	145
Discurso de élite y racismo en Brasil .....	156
Otros países .....	176
Conclusiones .....	189
Bibliografía .....	193

## *Agradecimientos*

Durante la preparación de este libro he tenido ayuda y consejos de muchas personas. Agradezco a Luisa Martín Rojo, Antonio Bañón y Xavier Torrens la lectura crítica y las numerosas sugerencias para el capítulo sobre España.

Para el capítulo sobre América Latina he recibido cuantiosos datos, consejos, sugerencias, bibliografía y comentarios críticos de tantos amigos, amigas y colegas que es imposible mencionarlos a todos y todas.

Agradezco a Corina Courtis los ejemplos, la bibliografía y las discusiones sobre el racismo en Argentina.

María Eugenia Merino y Berta San Martín leyeron la sección sobre los periódicos chilenos, y me mandaron correcciones útiles. Giovanni Parodi, Miguel Farías y Guillermo Soto me proporcionaron importantes contactos para mi investigación en Chile. De Cecilia Quintrileo aprendí mucho sobre el racismo contra el pueblo mapuche.

Fúlvia Rosemberg hizo algunas observaciones críticas importantes sobre mi descripción del racismo en Brasil, y Paulo Baptista da Silva no solamente realizó comentarios sobre la misma sección, sino que también me mandó una bibliografía muy útil

tivo del pueblo mapuche, es decir, con los conocidos métodos de la estrategia de deslegitimación.

### Discurso de élite y racismo en Brasil

El estudio del racismo discursivo en Brasil justificaría un libro entero, por no decir varios, por las mismas y hasta por más razones que cualquier otro país de los analizados aquí. Las relaciones raciales en este enorme país son la quintaesencia de las del resto del continente, con un 44 por ciento de población de origen africano (oficialmente, según datos censales),<sup>2</sup> aunque en realidad es posible que sobrepase el 50 por ciento, y más de 200 pueblos indígenas, además de grupos muy variados de ascendencias europea o asiática que, debido a tantos siglos de cruce, ha dado lugar a una infinita variedad de aspectos físicos. No obstante, puesto que la población indígena representa únicamente el 0,2 por ciento de una población actual de 160 millones de brasileños (Ramos, 1998), la dimensión principal de las relaciones cotidianas en Brasil es la existente entre blancos y negros (Reichmann, 1999; Silva y Hasenbalg, 1992).

A pesar de la enorme complejidad de las relaciones raciales en Brasil, las tendencias fundamentales de las relaciones de poder étnicas no difieren demasiado de las del resto del continente. La regla general de las relaciones étnicas, dominio y racismo, tam-

2. Debería notarse no obstante que no sólo la mayoría de blancos sino también muchos negros utilizan, en conversación cotidiana, los términos «pardo», «moreno» o «mulato» para referirse a negros o a gente de tez más clara, cuando no los consideran «pretos». Según el censo del año 2000, únicamente el 6,2 por ciento de los declarantes se consideraba «preto», mientras que un 39,1 por ciento manifestaba ser «pardo». No obstante, comparado con el censo de 1991 existe una tendencia a que los negros se manifiesten «pretos» en lugar de «pardos», o bien utilizan otros eufemismos como, por ejemplo, «moreno», «moreno claro», «mulato», etcétera. Para más información véase Piza y Rosemberg, 1999.

bién es aplicable en este caso: los blancos (europeos) dominan a los demás grupos de muchas maneras. Este hecho se puede observar directamente entre las clases medias y altas, en las élites, en los centros de poder y de riqueza donde se ubica la mayoría de gente de ascendencia europea, es decir, en la política, en los medios, en la universidad, en la investigación, en la empresa, en los tribunales, etcétera.

Ello se pone también de manifiesto en la historia del «blanqueamiento» (*embranquecimiento* o *branqueamento*), a través de las políticas inmigratorias selectivas, de la preferencia general de consortes (más) blancos (Piza, 2000; Twine, 1998) o de la adopción de niños blancos (véase *Correio da Bahia*, 1 de julio del 2002), entre otras tantas manifestaciones de la vida cotidiana. De la compleja jerarquía de color, de sus denominaciones y valores asociados, se desprende que siempre es mejor ser más blanco que ser más negro, casi siempre considerado como peor (Piza, 2000). Los anuncios explícitamente racistas solicitan personal «*de boa aparência*», es decir, hombres y mujeres blancos (Damasceno, 2000).

Si encendemos el televisor en Brasil y nos dedicamos a mirar una de las muchas telenovelas u ojeamos un periódico o una revista, constataremos que la mayoría de rostros son blancos e incluso que sus cabellos son rubios. Así pues, el hecho de ser blanco no es sólo estéticamente preferido (incluso entre muchos negros),<sup>3</sup> sino que también representa más poder social, económico, intelectual y cultural (D'Adesky, 2001; Guimarães, 1999, 2002; Guimarães y Huntley, 2000; Reichmann, 1999).

Otra característica principal del racismo en Brasil, compartida con el resto de Latinoamérica y de Europa, es su negación.

3. Siguiendo la costumbre de las organizaciones afrobrasileñas actuales y de sus líderes, para el resto de este apartado sobre Brasil utilizaremos el término «negro» o «afrobrasileño» para referirnos a todos los brasileños cuyo origen sea africano. En Brasil también se utiliza el término «afro-descendientes» para referirse al mismo colectivo.

De forma más insistente que en cualquier otro país, Brasil ha mantenido su negación sustentándola en una compleja estructura ideológica de «democracia racial», que fue promovida por influyentes sociólogos tales como Gilberto Freyre (Azebedo, 1975; Guimarães, 2002; Twine, 1998). Según esta ideología las relaciones raciales en Brasil son más «cordiales» que, por ejemplo, en Estados Unidos (Degler, 1986), con una distancia interpersonal menor y una polaridad menor que entre blancos y negros (*Folha de Sao Paulo/Datafolha*, 1995).

Por este motivo, muchas formas de racismo cotidiano se han hecho invisibles e incluso en la actualidad son muchos los blancos (también algunos negros) que en Brasil opinan que los problemas y conflictos sociales en su país se basan en la clase y no en la raza. El hecho de que la desigualdad económica y social más extrema, tanto a nivel latinoamericano como mundial, sea la brasileña, con enormes diferencias entre la riqueza y la pobreza, se debe a su desigualdad racial (Hasenbalg y Silva, 1988; Silva, 2000).

Para justificarlo citaremos únicamente una estadística del IBGE (oficina brasileña de estadísticas): el salario medio anual de un hombre blanco en 1999 era el doble (R\$ 670 = US\$ 300 al cambio de la época) que el de los «pardos» (R\$ 320) o el de los «negros» (aproximadamente R\$ 314). Esto también implica que si nos atenemos a los ingresos, los «pardos» (mulatos) están en el mismo escalafón de clase que los «negros» y no ubicados en una clase intermedia entre los blancos y los negros (véase también Silva, 1999).

En 2002, Pierre Sané, subdirector de la UNESCO, antiguo director general de Amnistía Internacional y originario de Senegal, manifestó en una visita a Brasil que la lucha contra el racismo en este país tiene un retraso de cuarenta años, debido, por ejemplo, al hecho de que hasta ahora no habían tomado medidas de acción afirmativa adecuadas (*Jornal do Brasil*, y otros periódicos, 13 de junio de 2002).

En las últimas décadas, el mito de la democracia racial ha sido valorado efectivamente por lo que es, a saber, un mito (Azebedo, 1976; Munanga, 1996). Entre 1950 y 1960 se efectuaron algunos estudios subvencionados por la UNESCO, a fin de documentar los aspectos socioeconómicos fundamentales de la desigualdad racial, aunque ignoraron muchas de las otras dimensiones que caracterizan al racismo (Guimarães, 2002). Por otra parte, al inicio del movimiento por los Derechos Civiles en Estados Unidos, entre 1970 y 1980, los científicos sociales críticos fueron aportando paulatinamente una serie de datos que demostraba claramente la discriminación contra los pueblos indígenas y negros de Brasil (D'Adesky, 2001; Hasenbalg, 1979; Lovell, 1999; Munanga, 1996; Reichmann, 1999).

Finalmente y de forma notable, los brasileños africanos se dispusieron a fundar organizaciones y publicaciones que manifestaran su cultura y su orgullo negro (Fernandes, 1989; Guimarães, 1999; Hanchard, 1994; Nascimento y Larkin Nascimento, 2000; Santos, 2000).

En 1989, con ocasión del centenario de la abolición de la esclavitud, se adoptó una ley que castiga duramente (incluso con penas de encarcelamiento muy severas) la discriminación «racial», así como los actos y el discurso racistas. En consecuencia, los medios y la autoridad policial han efectuado duros ataques contra el racismo; en otras palabras, la lucha contra el racismo en la población negra y, al menos en teoría entre otros grupos de élite o agencias estatales, está en auge. Este desarrollo no siempre implica grandes cambios en lo cotidiano, tanto por lo que concierne al discurso como a las prácticas de los miembros de los grupos dominantes. No obstante, los indicios de debate representan un principio de cambio.

Considerando la enorme extensión del país, las muchas universidades existentes y la gravedad del problema del racismo así como de otras formas de exclusión social, sería de esperar que existiera una ingente cantidad de estudios sobre el racismo en

Brasil. Pero nada está tan lejos de esta realidad aunque abundan los escritos sobre la cultura negra y temas históricos, publicados en especial durante 1988 con motivo de los preparativos para celebrar el centenario de la abolición de la esclavitud (véase, por ejemplo, los importantes y numerosos estudios históricos llevados a cabo por Lilia Moritz Schwarcz, Schwarcz, 1987). Existen también diversos estudios lingüísticos y antropológicos sobre las culturas indígenas y sus lenguas. Los que se refieren al racismo propiamente dicho suelen centrarse, por lo general, en la desigualdad socioeconómica, destacando los diversos sectores de la sociedad en los que la población negra tiene que enfrentarse a la discriminación: menor acceso al mercado laboral, menor acceso a rangos más altos, salarios más exiguos, viviendas peores, segregación urbana, menor acceso a una educación digna, etcétera.

Las modalidades simbólicas del racismo se estudian por su referencia a los medios en general y a la televisión en particular, así como a la educación, aunque a pesar de ello sigan existiendo muy pocos monográficos dedicados al tema (véase referencias a continuación). Hasta la fecha, los estudios sistemáticos sobre racismo en el discurso político son escasos y ocurre lo mismo con los discursos de la información, el científico y el jurídico, entre otras modalidades de escritura y de habla elitistas. De esta manera, nuestros escuetos informes han sido recabados, para esta obra, a partir de un puñado de breves estudios, artículos, tesis, publicaciones de Internet y de otros análisis menos ambiciosos. La mayor parte del trabajo que se debe efectuar sobre el discurso del racismo sigue siendo todavía un proyecto.

### *Conversaciones cotidianas*

Por lo general, los investigadores blancos sólo pueden especular sobre el modo de hablar utilizado por otros blancos cuando se dirigen a los negros en sus conversaciones cotidianas. Los datos

fidedignos sobre este tipo de habla espontánea no suelen estar registrados. El mito de las relaciones raciales cordiales y el de las relaciones sociales en Brasil sugiere que la comunicación interracial también es por norma cordial. Es posible que esto sea cierto para muchos y en muchas situaciones, pero existen algunos datos policiales bastante inauditos en los que se registran quejas ciudadanas sobre insultos racistas (recogidos por Antonio Guimarães, 2002), que demuestran que el discurso cotidiano referido a las relaciones raciales en Brasil puede ser hiriente y explícito. En las tiendas, en el trabajo, en el autobús o entre vecinos, los blancos suelen tratar a los negros en términos racistas con crudeza, como por ejemplo «macaco», «besta», «vagabundo», «filho da puta», «safado» (insolente), «ladrao», etcétera.

Algunos ejemplos citados por la policía son:

- Negro insolente, ladrón, sinvergüenza (entorno laboral).
- Sus negritas hijas de puta, negras malolientes (entre vecinos).
- Estoy harta de esa raza, de esta raza que no da nada (también entre vecinos).

En otras palabras, se tiende a asociar a los negros con animales, con cualidades como la pereza, la suciedad y la impertinencia, y se refieren a ellos o se los representa como delincuentes, seres amorales, faltos de inteligencia o de baja estofa. Es interesante notar que existen más quejas contra las mujeres y que los blancos (hombres) tienden a insultar más a los hombres negros que a las mujeres negras (en términos racistas). No disponemos de elementos para valorar la representatividad de estas quejas en la comunicación interracial brasileña<sup>4</sup> pero podemos deducir,

4. «Disque-Racismo», una organización antirracista de Bahía, que recibe quejas por teléfono, registró 300 llamadas de denuncias por racismo en un período de 18 meses (*Correio da Bahia*, 14 de mayo, 2002).

con bastante seguridad, que estos datos de las comisarías de policía sólo representan la punta del iceberg. También hemos visto que gracias a la ley de 1989 este discurso del racismo está actualmente considerado como delito y que, en teoría, está penado con el encarcelamiento, aunque no suele llevarse a la práctica. Hemos comprobado que para algunos blancos y en ciertos contextos, los insultos racistas no provocados son frecuentes y que las restricciones impuestas por criterios de la corrección política en el discurso de élite público no funcionan.

### *Política*

Como viene siendo habitual, desgraciadamente disponemos de muy pocos datos o estudios sobre el racismo en el ámbito del discurso político contemporáneo en Brasil. La mayor parte de estudios históricos subraya, por supuesto, el papel del Estado y de los políticos en la instauración y el mantenimiento de la esclavitud. Brasil fue, en efecto, el último país en abolirla, en 1888, y pocos fueron los políticos, blancos, entonces y aún ahora, que mostraron interés por las poblaciones negra o indígena. No fue hasta la década de 1930, especialmente en el estado de Novo (1937-1945) y durante la Segunda República (1945-1964), que el Estado empezó a descubrir a su «*povo*» (pueblo), aunque también es cierto que redujo su diversidad a una sola «raza», la brasileña, evitando así el estallido de una auténtica bomba de relojería étnica (Guimarães, 2002, pág. 117 y ss). Estos intentos contaron con el apoyo académico de personajes como Gilberto Freyre y con la propagación de la conocida noción de «democracia racial», inspirada por él y por otros académicos. De modo similar, en la década de 1970, cuando los movimientos negros comenzaron a hacer notar su influencia, el ámbito académico y el político empezaron a despertar lentamente para aceptar que Brasil no era, ni es, una democracia racial.

Únicamente en 1988, con motivo del centenario de la abolición de la esclavitud, el racismo fue declarado acto delictivo impropio, según el artículo XLII de la nueva Constitución.

En consonancia con otros discursos de élite, durante las últimas décadas en Brasil, el discurso político oficial sobre los pueblos negro e indígena tiende a ser políticamente correcto, en el sentido de que apoya retóricamente los ideales de igualdad más encomiables. No obstante, no disponemos de datos sobre la forma de hablar cotidiana de los políticos cuando se refieren o se dirigen a los negros y a los indígenas, ni siquiera cuando se trata de contextos más informales o de política local. Estos datos tendrían que proceder de los propios testimonios de las víctimas, y deberían recabarse en una futura investigación, a fin de proceder a un completo análisis del discurso del racismo en Brasil (para investigaciones semejantes en los Países Bajos y en EE.UU., véase, por ejemplo, Essed, 1991).

Asimismo, por iniciativa de los parlamentarios negros, en 2001 se estableció un comité parlamentario específico con la intención de debatir el estatuto de igualdad racial, propuesto por el diputado Paulo Paim. Es interesante resaltar que, en otoño de 2001, uno de los primeros puntos debatidos por el comité intentaba esclarecer si dicho estatuto debería o no aplicarse a todos los grupos étnicos o sólo a la comunidad brasileña más afectada por la discriminación, es decir, los afrobrasileños; como Paim y otros representantes negros subrayaron: «el negro es el gran discriminado» (comisión de debate, 20 de septiembre, 2001, pág. 17). Otro punto en el debate, propuesto por la representante Tania Soares, cuestionaba si las mujeres negras en dichas circunstancias recibirían un trato especial, dado que son ellas las que sufren de una doble discriminación (véase también Roland, 2000). Este punto de vista fue enérgicamente rechazado por Paim, para quien la unidad de la comunidad negra es indispensable: «es importante dejar bien claro que, para nosotros, negro es negro, sea mujer u hombre» (pág. 26). Queda por ver si ésta y otras inicia-

tivas políticas proporcionan el encuadre oficial adecuado que permita llevar a cabo una auténtica mejora de los asuntos sociales de los negros en Brasil, por ejemplo la reducción del estado de pobreza, de la discriminación, del acoso policial, un mejor acceso a la universidad o una mayor presencia en los libros de texto escolares, entre tantos otros asuntos pendientes para la comunidad negra.

### *Los medios*

Aparte de los estudiosos del racismo, cualquier observador ocasional o cualquier turista que haya visto la televisión en Brasil queda impresionado por la apabullante presencia de rostros «blancos» en la pantalla, comparado con la cantidad de gente de color que se ve en la calle. En cierto sentido, la televisión refleja una realidad social en la que poca gente de color tiene posiciones de poder político, social, económico o cultural (Araújo, 1996, 2000a, 2000b; Lima, 1984, 1996, 2000, 2001).

Dado que las élites tienen un acceso preferente a los medios en cualquier lugar, este estado de cosas implica que en Brasil los descendientes de africanos y, en particular, los pueblos indígenas, no acostumbran a ser directores de programa, realizadores, comentaristas, reporteros, presentadores, protagonistas de las telenovelas o de las noticias, ni fuente alguna de interés informativo. Cuando un negro, en cierta ocasión, ocupa un lugar destacado, recibe una mayor discriminación directamente proporcional al escalafón que ocupa; es, por tanto, la confirmación de uno de los corolarios que configuran la tesis principal de esta obra, ya se refiera a los medios o a la universidad (véase, Silva Bento, 1999: págs. 115-117).

Por los mismos motivos, también sucede lo contrario: cuando un negro o un brasileño de color aparece en pantalla, su rol suele ser el de sirviente o cualquier otro papel secundario en la teleno-

vela, de delincuente o de víctima de la delincuencia y, cuando se trata de los informativos, se le muestra como un ciudadano sin identificar, como esclavo en un reportaje histórico y, por supuesto, como músico, bailarín, mulata sensual, mamá macumbera, etcétera, pero sobre todo en escenas de carnaval. Esporádicamente aparecen como víctimas de discriminación o de prejuicio. Algunas honrosas excepciones son el famoso futbolista Pelé, o músicos como Milton Nascimento o Gilberto Gil, los cuales sólo son la confirmación de la regla. En contadas ocasiones se presenta a los negros como familias «normales» y tampoco aparecen en contextos cotidianos. No es sorprendente que con esta clase de retrato público negativo en el omnipresente medio (74 por ciento de los hogares tienen televisión), y dado el especial valor de las imágenes y de las normas estéticas, los propios negros se consideren feos si tienen la tez oscura y guapos si son más blancos. En efecto, la investigación demuestra que son aún menos los negros (34 por ciento) que los blancos (56 por ciento), quienes encuentran negativa la imagen de los negros en televisión.

Araújo (1996, pág. 248; 2000a, 2000b) lista las siguientes propiedades de representación de brasileños africanos en la televisión:

- a. Se representa a los negros en términos negativos que se retrotraen a la época del esclavismo y su papel en televisión es el de servidor sumiso en las telenovelas o bien el de cómico.
- b. Las imágenes positivas no existen, por ejemplo, la representación de negros como líderes cuando se tratan temas a nivel nacional, como la cuestión de la población africana brasileña.
- c. La cultura negra se restringe a nivel folclórico como parte de una cultura que no está viva, con lo cual los negros sólo aparecen como sambistas, «*paes de santo*» y otros roles afines al carnaval y a otros festejos parecidos.



d. Si en alguna ocasión se representa a los negros de forma rutinaria, es asociándolos con drogas, pobreza, ignorancia, homicidio y otras situaciones negativas (véase también Lima, 1984, 1992, 1996, 2000, 2001).

Como suele ser habitual, la representación marginal de los negros en la televisión no tiene nada que ver con una falta de calificaciones dramáticas sino únicamente con la discriminación por parte de la mayor parte de los jefes de personal, como lo demuestra el siguiente fragmento que evidencia un estudio sobre la discriminación laboral en Brasil (Silva Bento, 1999: pág. 114):

Dos mujeres que tenían más de cinco años de experiencia en producción televisiva, presentaron una solicitud para el mismo puesto de trabajo, que hice llegar a manos del director, el señor Pires. Cuando su asistente regresó y me dijo que sólo había una plaza disponible, llamé al señor Pires para recordarle que acababa de decirme que necesitábamos a dos personas en producción. Me respondió: «¡Ah, doña Rosana, pero usted no me advirtió que una era criolla!, ¡Usted no me dijo nada de eso!». Le respondí: «¡Qué lástima que no tenga usted una cámara de vídeo conectada a su teléfono para verme la cara!», y colgué.

Los periódicos más progresistas, como la *Folha de Sao Paulo*, se suelen unir a las voces de quienes en las últimas décadas han plantado cara al mito de la democracia racial (Reid Andrews, 1996: págs. 226 y ss; véase también Conceição, 2001; Guimarães, 1996). Sin embargo, otros periódicos todavía reflejan hasta qué punto este mito sigue estando vivo entre los brasileños, especialmente para los de derechas. Así pues el centenario de la abolición de la esclavitud (13 de mayo de 1988) fue aclamado por *O Globo* con un editorial que negaba el racismo en los términos habituales, es decir, mediante la atribución de la desigualdad social a las clases brasileñas y advirtiendo a la población ne-

gra que no se dejara manipular por cualquier otra idea, haciendo referencia a la violencia del movimiento por los Derechos Civiles en Estados Unidos.

Si examinamos recortes de prensa recientes de la única pero excelente base de datos existente del Ministerio de Cultura ([www.palmares.gov.br](http://www.palmares.gov.br)), constataremos en primer lugar que los artículos sobre racismo, aun cuando se conceptualicen en términos de prejuicio o de discriminación, son bastante comunes en los medios.

Por otra parte, las medidas oficiales contra el racismo reciben una cobertura frecuente en la prensa. Asimismo, muchos artículos cubren aspectos culturales de la comunidad afrobrasileña, como el candomblé, el teatro, la literatura o la danza. A juzgar por estos recortes de prensa, que, presumiblemente, no abarcan la mayoría de los artículos donde los negros figuran sólo como ciudadanos normales (o cualquier miembro de élite), podría concluirse de forma provisional que los negros sólo aparecen como víctimas del racismo, como activistas antirracistas o como agentes en eventos culturales afrobrasileños, es decir, en roles estereotipados. En otras palabras, la participación negra en la economía, en las ciencias o en otras áreas de prestigio, no resulta tan prominente en los medios. Ni que decir tiene que se precisará de un análisis detallado del contenido y del discurso para confirmar estas primeras impresiones sobre los medios de comunicación brasileños.

D'Adesky (2001), en su tesis doctoral sobre el racismo y el antirracismo en Brasil, dedica un capítulo al papel de los medios basándose en otros estudios previos (pág. 89). Destaca algunas pruebas, evidentes para todos, sobre el rol tan importante de las telenovelas en Brasil. En efecto, se trata de un fenómeno cultural mayoritario. En comparación con el porcentaje en la sociedad real, el número de actores brasileños africanos es insignificante en estas series de tanta audiencia. De las veinticinco que se retransmitieron entre 1993 y 1997, menos de un 8 por ciento de

los actores eran negros; para matizar, la tendencia fue elegir actores de un ligero color tostado para personajes serviles o de poca monta (págs. 91-92). Un análisis de la publicidad confirma que los porcentajes de personas de raza negra en los anuncios son similares: alrededor de un 6,5 por ciento en 1995, en *Veja* (revista comparable a *Newsweek*), e incluso menos de un 4 por ciento en revistas como *Cosmopolitan* (pág. 106) (Para cifras sobre la representación de negros en publicidad, véase, también, Hasenbalg, 1988.)

Según un estudio de Fernando de Sá, citado por D'Adesky, que analiza la presencia de los negros en los telediarios, Brasil parece un país blanco del mundo desarrollado aunque la realidad sea que, aparte de África, Brasil es el país con más población negra que queda prácticamente invisible.

D'Adesky recuerda que la exclusión de los negros no queda relegada a este medio y que sucede lo mismo en la prensa y en el cine (para el posicionamiento de los negros en películas brasileñas, véase Rodrigues, 1988). Los periódicos afrobrasileños no existen y, por lo general, las revistas están dirigidas a las clases medias altas (blancas), en un país donde sólo unos 26 millones, de una población total de 160 millones, son lectores. Son pocas las revistas especializadas, publicadas por y para el público negro, entre las que mejor se venden *Raça Brasil* y *Black People*, que están dirigidas a lectores más cultos (véase también Pereira, 2001, sobre periodistas negros y su acceso a la radio en São Paulo).

Algo muy parecido se desprende del contenido de la prensa que ignora sistemáticamente a los negros (salvo en carnaval), y no refleja la diversidad cultural del país, aun cuando últimamente haya aumentado la publicación de artículos sobre racismo.

Estas observaciones pueden extenderse a la reducida población indígena, cuya representación en los medios sigue siendo marginal y estereotipada; son descritos como atrasados, primitivos, únicamente se resaltan sus costumbres culturales como la

vestimenta, etcétera (Warren, 2001). Warren narra el caso del ex ministro de Defensa, Leonidas Pires Gonçalves, quien declaró en el día nacional indio de 1989 que los «indios» no necesitaban protección ya que «las culturas indias son muy secundarias y, por lo tanto, no son respetables» (Warren, 2001, pág. 175). Es evidente que una opinión particular no es representativa de la clase política, pero el hecho de que se pueda expresar públicamente una idea semejante hace sospechar que más de un militar de rango y de un político piensan de forma parecida, como en efecto sugiere el título de esta obra.

### **Educación**

En Brasil el discurso del racismo está tan arraigado que aparece en casi todo tipo de géneros y de contextos, no sólo en los medios de comunicación de masas sino también en otros ámbitos principales del discurso público, como el de la educación. Históricamente, las minorías han tenido menos acceso a la escolarización y, por lo general, sólo han podido acudir a las peores escuelas públicas (Rosemberg, 1991, 2000), con lo cual la tasa de analfabetismo ha sido más del doble (aproximadamente un 36 por ciento en 1980) que la de los blancos, y sólo un 0,6 por ciento de los negros ha conseguido diplomarse en secundaria (Hasenbalg y Do Valle Silva, 1990).

Tampoco en tanto que agentes sociales los negros han tenido acceso al discurso educativo; están marginados en los libros de texto, al igual que las poblaciones indígenas, salvo en los temas culturales o históricos, por ejemplo la esclavitud, o los hábitos culturales «interesantes» de los indígenas. Como sucede con los libros de texto de otros países de Latinoamérica, los negros y los indígenas sólo cobran un especial interés cuando el discurso educativo versa sobre un tiempo pasado, es decir, cuando ya han muerto (Donisete Benzi Grupioni, 1995).

Los negros y los indígenas de hoy, así como su vida cotidiana, son raramente considerados en un libro de texto. El hecho de que la mitad de la población brasileña sea de color no parece afectar al contenido educativo (Silva, 1995). Esto no nos sorprende si recordamos que hasta finales de la década de 1980 dicha temática era apenas tratada en el discurso pedagógico, de manera que los educadores ni siquiera están preparados para enseñar este tema en las aulas (Fernandes de Souza, 2001; Silva, 2001).

Tal como sucede en los medios, en la última década también se han producido algunos cambios aunque sean modestos, que se perciben en un creciente interés por la educación multicultural y el racismo, tanto en la programación como en los contenidos y en los libros de texto (Cunha Jr., 1996). No nos referimos a los barrios de población culta donde domina el discurso de élite (donde habitan las élites políticas, mediáticas y académicas), sino a la presión ejercida por la propia presencia de muchos alumnos de color en las escuelas, lo cual ha forzado a los pedagogos, a los maestros y a los investigadores del sector a sensibilizarse con las necesidades de la población negra (Carvalheiro, 2001). En un estudio posterior a su obra citada anteriormente, sobre los libros de texto en lengua materna para la escuela primaria, Ana Celia da Silva encontró algunos avances durante la década de 1990: en los 15 libros analizados, publicados en São Paulo entre 1994 y 1998, se sigue representando a los negros como minoría pero ya no aparecen en los textos e imágenes como meras caricaturas; se incluye a los niños negros en un entorno escolar, jugando, y no sólo como niños de la calle o como mano de obra barata. También se representa la interacción entre niños blancos y negros, donde estos últimos realizan acciones positivas (Silva, 2001; véanse también Bittencourt, 1997; Carmo, 1991; Oliveira, 2000; Silva, 2000).

Oliveira (2000), en un estudio acerca de la enseñanza que abarca dos décadas (programaciones, libros de texto, etcétera), entre 1978 y 1998, llega a la conclusión de que ha habido cam-

bios en el sentido de que se ha llegado a prestar atención a las actividades cotidianas de la gente, incluida la de color, y a su cultura. No obstante, los libros de texto siguen manteniendo ciertos estereotipos, como el hecho de representar a la comunidad negra como víctima, tanto en épocas de esclavitud como en la actualidad, y no en una posición de resistencia activa contra la opresión y la marginación. Así pues, la diversidad de negros en la actualidad, en todos sus contextos y funciones, no queda reflejada en los libros de texto. El autor hace hincapié en el hecho de que una cosa es reconocer que, hasta la fecha, los negros han sido marginados a menudo y otra, representarlos únicamente en el papel de víctimas pasivas. Los profesores entrevistados por el autor también manifiestan que existe cierta resistencia por parte de los alumnos a la hora de estudiar cuestiones de racismo y prejuicio, porque consideran que estos temas sólo son de relevancia para los negros.

Sonia Irene Silva do Carmo, en uno de los escasos estudios de análisis del discurso existentes, que trata la representación de los pueblos indígenas en Brasil (y por extensión, Latinoamérica), llega a la conclusión de que, para empezar, la forma de representarlos está vinculada al hecho de su «descubrimiento», es decir, al momento en que los europeos blancos, los portugueses en concreto, se dieron cuenta de su existencia hace 500 años (Carmo, 1991). De hecho, los libros de historia suelen incluir a los pueblos indígenas en los últimos capítulos, mientras que reservan los primeros para los europeos. Muchas de sus características no son descritas en sí mismas sino mediante comparaciones explícitas o implícitas con los europeos blancos, al lado de los que vivían en un estado «neolítico», usando instrumentos «primitivos». Como ya hemos sugerido, la representación más común de los pueblos indígenas se asocia con el pasado y sólo en raras ocasiones con el presente. De cualquier manera, este pasado suele calificarse en términos positivos, como si se tratara de una Arcadia de equitativa y armoniosa convivencia rural. Es interesante reparar en que

la noción de ruralidad, de pueblo, si bien nunca la de territorio (ocupado por los colonizadores), es la atribución más típica. Es cierto que la colonización también ha sido objeto de un análisis crítico en muchos de los actuales libros de texto, pero dicho análisis sólo se refiere a la aniquilación física y cultural de los indígenas obviando los acontecimientos de la invasión de su propio territorio. En lugar de utilizar términos como «invasión» o «conquista», se recurre a eufemismos, como sucede también cuando se explica la masacre sufrida por los pueblos indígenas. De esta manera, el autor concluye que los libros de texto no son homogéneos; a pesar de que los «indios» suelen representarse en términos generales y de distancia, y siempre como los «otros», en alguna ocasión, cuando son víctimas de la dominación blanca y necesitan «nuestro» apoyo, se les caracteriza por los conocidos términos del prejuicio tradicional, como lo «exótico» y el «salvaje», o el «buen salvaje». En otras palabras, incluso cuando se trata de representaciones positivas y compasivas, se los representa como agentes pasivos: en los libros de texto estudiados, el «indio» no habla y no se resiste.

Por otra parte, se ensalza la acción positiva y «civilizadora» de los jesuitas, lo que confirma nuestra parcela ideológica general, según la cual sólo se destacan «nuestras» buenas acciones, aunque es cierto que alguna vez también se incluye una nota crítica. El concepto que describe más adecuadamente todas las características de la representación de los negros y de los indígenas en los libros de texto es el concepto de eurocentrismo, lo cual no es una sorpresa sino que sólo define la ideología dominante. Pese a ello, no podemos olvidar a quienes se esfuerzan por formular nuevas perspectivas críticas con los europeos, y por tanto, solidarias con la población negra e indígena.

Las élites brasileñas, al igual que cualquier otra élite, quieren mantener sus privilegios y rechazan, por lo general, cualquier tipo de acción afirmativa o de cuota. Esto se demuestra, por ejemplo, en la enorme oposición al proyecto de ley (289/99)

que pretendía garantizar el 50 por cien de las plazas universitarias para estudiantes de la escuela pública, de la que proviene la mayoría del alumnado negro (Guimarães, 2002, pág. 70). Entre tanto, la presencia de rostros negros en las universidades sigue siendo limitada y esta selección académica es uno de los factores decisivos para la reproducción de las clases de élites, formadas por blancos en un 80 por cien (Oliveira y otros, 1982). Para hacerse una idea de los argumentos que ese discurso de élite emplea para rechazar las cuotas universitarias, o cualquier otra, nos serviremos del siguiente artículo de opinión publicado en *Jornal da Tarde*:

#### «Cuotas de discriminación»

El sistema de cuotas, según la raza, para ingresar en las universidades brasileñas está destinado a provocar los mismos problemas que en Sudáfrica, donde la ley de acción afirmativa dictaminó que los blancos debían ser reemplazados por negros, tanto en las empresas como en el servicio público. No hay suficientes profesores negros para ocupar las vacantes dejadas por los blancos, que, con la democratización, cesaron de colaborar a la unidad del país, hicieron las maletas y se marcharon a otros países. En Brasil, una legislación que promueva, en lugar de reducir, el racismo, cambiará el criterio de acceso a las universidades, basado en la competencia, por una raza de «aspirantes». Para empezar, va a ser difícil identificar quién es negro y quién no. «Moreno», ¿es negro o blanco? Ingenieros, médicos, abogados, ejecutivos de grandes multinacionales se han transformado, a la desesperada, en mozos portamaletas, o se han dedicado a otras actividades no profesionales, hasta que han encontrado trabajo fuera del país, al haber sido apartados de los cargos que ocupaban antes de la democratización de Sudáfrica. Los partidos brasileños no han conseguido cumplir con la ley que les obliga a inscribir un mínimo de candidatos femeninos. En la actualidad la opción a la candidatura depende de cada individuo. No puede ser determinada por ley, siguiendo las cuotas universitarias para los afrodescendientes porque es un sistema racista que

también perjudicará la calidad de la enseñanza en Brasil. El ejemplo de Sudáfrica no deja dudas sobre tal afirmación (*Jornal A Tarde*, 2 de agosto, 2002).

Este texto evidencia algunas de las estrategias conocidas que emplean las élites para negar y rechazar las medidas antirracistas que combaten la discriminación, por ejemplo, el «cargos revertidos» que consiste en tildar de discriminante y racista una propuesta que, precisamente, pretende lo contrario. Otros ejemplos son las comparaciones irrelevantes con otros países, la inversión de representaciones (negros que sustituyen a blancos), la aportación de datos cruzados erróneos o alarmistas (si se implementaran las medidas sugeridas no habría suficientes negros); incapacidad para determinar quien es blanco y quien no; los especialistas blancos huirían del país, etcétera), y, por supuesto, la estrategia de autopresentación positiva por parte del discurso de élite cuando se ocupa de los «otros» (nos concierne que exista una buena educación). Ante todo, la típica falacia neoliberal es la de que la ley (el Estado) no debería interferir en la universidad mediante la imposición de cuotas y que es el individuo quien debe decidir. Huelga decir que una comparación rigurosa con lo que sucedió en Estados Unidos con la imposición del sistema de cuotas hubiera sido suficiente para demostrar su validez. No sólo tuvo una enorme influencia sino que permitió la formación de expertos afroamericanos, quienes de otro modo no hubieran tenido la posibilidad de obtener un título universitario. También debería notarse que las élites brasileñas en la prensa y en las universidades comparten de forma muy notoria las mismas actitudes negativas y, por ende, la misma ideología, sobre la acción afirmativa.

El 7 de febrero de 2002 se publicó otra carta reveladora en contra de la acción afirmativa para los negros en las universidades, bajo el título *Preto e Branco*, en el prominente periódico *Jornal do Brasil*. La carta la firma José Carlos Azevedo. Para empe-

zar, del contenido y del estilo de la misma se desprende que su autor es profundamente conservador y racista; junto a su firma aparecen las siglas que indican que tiene un doctorado en física y que, además, es el antiguo rector de la UnB o UB, la universidad de Brasilia, lo cual realza su estatus y su competencia. Lo que Azevedo *no* escribió, pero que una búsqueda rápida de su nombre en Internet reveló, es que desempeñó su cargo de rector durante la dictadura militar y que él fue el responsable de la represión estudiantil. Como en el caso de un antiguo miembro del régimen militar argentino, cuya carta hemos analizado con anterioridad, constatamos de nuevo que las viejas voces autoritarias, lejos de desaparecer, siguen teniendo acceso a los diarios de mayor tirada. Es bastante improbable que *Jornal do Brasil* no conociera la identidad de Azevedo. Es decir, que los representantes de los antiguos regímenes fascistas pueden expresar y reproducir sus opiniones racistas. En dicha carta, Azevedo ridiculiza el criterio de autocategorización de los negros al suponer que un chino o un sueco que precise una beca puede, a partir de ahora, proclamarse «negro». Asimismo, emplea otros ejemplos absurdos como el de una pareja negra con un hijo albino, etcétera. De forma parecida, denuncia la utilidad del término «raza» que según dice (correctamente) no se sustenta en una base científica, argumento que, por otra parte, se adapta a lo que se propone decir en esta ocasión. No obstante, Azevedo «olvida» que también en el propio Brasil la función social de «raza» o de color es fundamental y, como es capaz de distinguir entre un blanco y un negro sin ningún género de dudas, sabrá tratar a cada cual según sus criterios.

Sin embargo, no todos los académicos aceptan estos argumentos ideológicos contrarios a las cuotas y, entre otros muchos argumentos contrastados, hacen hincapié en el hecho de que el *Vestibular* (examen para entrar en la universidad en Brasil) no sólo sirve para medir los méritos individuales, sino también la calidad de las escuelas, para que la identificación de quién es ne-

gro y quién no, se haga, como siempre se ha hecho, también por medio del censo y de preguntas a la gente para que en lugar de rebajar la calidad de las universidades, éstas puedan contar con un mayor número de estudiantes brillantes que en el pasado no podían estudiar debido a sus escuelas de procedencia (véase Edna Roland, *Folha on line*, mayo, 23, 2002).

### Otros países

Por razones de espacio no me es posible examinar las formas más destacadas del discurso del racismo en el resto de países latinoamericanos. No obstante, al menos deberíamos prestar atención a las relaciones étnicas en algunos países mayores, principalmente Cuba, Colombia, Venezuela, Bolivia y Perú. En la mayoría de estos países una numerosa población negra e indígena, normalmente dominada por una élite o una mayoría blanca, es la situación general que define las relaciones étnicas. Voy a hacer sólo a continuación algunas observaciones generales sobre estos países.

#### Cuba

En Cuba, la ideología socialista dominante y su discurso oficial prohíbe y niega que la población (más) blanca depare un trato discriminatorio o prejuicioso a la población (más) negra; por otra parte, hace hincapié en el hecho de que la práctica del racismo ocurría especialmente antes de la revolución (Serviat, 1986). El discurso oficial es igualitario y, por tanto, antirracista, aunque, como en otros lugares de Latinoamérica, los líderes cubanos actuales son mayoritariamente blancos, mucho más que en las décadas de 1960 y 1970. El racismo cotidiano practicado por la oligarquía cubana de supremacía blanca contra el pueblo negro sigue estando a la orden del día. Las protestas de los negros han

sido reprimidas con frecuencia y el movimiento por los Derechos Civiles norteamericano apenas ha tenido influencia en Cuba. En otras palabras, para un análisis y un discurso de oposición fundamentalmente distintos acerca del posicionamiento de los negros hay muy poco espacio. Por otra parte y debido a la política de control aludida, el discurso público explícitamente racista es apenas destacable (Fuente, 2001; McGarrity y Cárdenas, 1995; Stubbs y Pérez Sarduy, 2000).

#### Colombia

En Colombia, después de una larga historia de colonialismo y de esclavitud seguida por otras formas de marginación y de dominación de los afrocolombianos y de los indígenas, emergió en la década de 1980 un movimiento negro cada vez más consciente y crítico. Como consecuencia de esta resistencia, se ha generado un interesante debate sobre derechos territoriales y de otro tipo de los pueblos negro e indígena, por ejemplo, la asamblea multiétnica que preparó la Constitución de 1991. En este debate se pusieron de manifiesto unas diferencias de trato espectaculares hacia los indígenas y los negros. A los primeros ya se les reconocía sus territorios en función de su definición étnica ya existente, al igual que ocurre en Brasil y Venezuela. Pero los negros, especialmente los del Chocó de la costa del Pacífico, tenían muchas más dificultades para conseguir que se aceptaran sus alegatos colectivos porque no estaban definidos como grupo «étnico» diferente y también porque sus peticiones chocaban con las de los intereses indígenas de la región. A pesar de la relevancia de estos debates acerca de los derechos de las minorías oficiales, los negros y los indígenas de Colombia siguen siendo pobres, tienen menos poder y un difícil acceso a los escasos recursos controlados por los blancos, y el racismo cotidiano practicado por éstos es tan prevaleciente como en cualquier otro lugar de